

DE BIEN EN MEJOR

FRATERNIDAD: DON DE DIOS,
RESPONSABILIDAD DEL HOMBRE





**Enero – febrero
2021**

FRATERNIDAD: DON DE DIOS, RESPONSABILIDAD DEL HOMBRE

Juan de la Cruz, este hombre *de rostro venerable, de tez morena y buena fisonomía, de trato y conversación apacible*, cantor de la hermosura de Dios, este poeta de alma enamorada tiene palabras para afirmar el sentir del Papa Francisco en su carta encíclica ***Fratelli Tutti, sobre la fraternidad y la mistad social.***



Si bien Juan de la Cruz no aborda específicamente el tema de la fraternidad, ni de religiones, ni mucho menos de linajes como lo hace nuestra santa Madre Teresa de Jesús, en cada una de sus páginas el Santo quiere liberarnos de nuestros *modos* y

términos bajos para abrirnos al horizonte infinito del Amor de Dios, a la unión plena con el Amado; y esto es ya trabajar por hacer de nosotros hombres y mujeres pacíficos, fraternos y respetuosos por las diferencias de cultura, de credo, de raza.

Porque ya hay UNO que ha comprado *“para Dios su Padre hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación y ha hecho de ellos un reino de sacerdotes y reinan sobre la tierra”* (Ap. 5,9).

A esto nos invita, nos antoja: a la unión transformante *“Porque allí ve el alma que realmente Dios es suyo, y que ella le posee con posesión hereditaria, con propiedad de derecho, como hijo de Dios adoptivo, por la gracia que Dios le hizo de dársele a sí mismo, y que, como cosa suya, le puede dar y comunicar a quien ella quisiere de voluntad”* (LI B 3, 78).



Como buen maestro, nos lleva a poner la mirada en el centro, en la meta, para orientar nuestra vida en el caminar hacia la cima del monte.

Su queja y su pregunta de alma enamorada es: ***¿Quién se podrá liberar de los modos y términos bajos si no le levantas tú a ti en pureza de amor, Dios mío? ¿Cómo se levantará a ti el hombre engendrado y criado en bajezas***

si no le levantas tú, Señor, con la mano que le hiciste?
(Dichos 26).

Este místico, que se queja a Dios, es el mismo que sabe por experiencia que el amor del Creador hacia sus hijos es gratuito y para el cual cada ser humano está capacitado; y Juan de la Cruz sin mayor dilación ha dicho que Si ante tal derroche de amor y esto ha hecho de él un hombre universal, fraternalmente universal, capaz de abrazar a todos, sin hacer diferencias.



Su corazón acrisolado por este mismo amor es capaz de cantar sin miedo, mostrarnos que sí es posible dejarse transformar por el amor para decir con plena libertad: *“Míos son los cielos y mía es la tierra. Mías son las gentes, los justos son míos, y míos los pecadores, los ángeles son míos, y la Madre de Dios y todas las cosas son mías. Y el mismo Dios es mío y para mí, porque Cristo es mío y todo para mí”*. Este es el Hermano nuestro, el Padre espiritual que nos quiere guiar, que nos lleva sin temores por *las ínsulas*

extrañas pasando por *las profundas cavernas del sentido* a la unión transformante.

Juan vive en sí mismo esta fraternidad; pese a las dificultades que sabemos encontró, sabe remontarse por encima de todo para alcanzarlo TODO, *dándole a la caza alcance*; fraternidad con todo lo creado, pues allí supo descubrir las huellas de Aquel que “*Yéndolos mirando, con sola su figura vestidos los dejó de hermosura*” (CB 5,4).

Cómo se dilata su alma, a tal punto de que su poesía y sus escritos son universalmente reconocidos por católicos y no católicos, por creyentes y no creyentes, hombres y mujeres de diferentes confesiones reconocen en este hombre la



belleza, la hermosura que transparenta lo indecible, lo inefable, que se atreve a poner en prosa y en verso el sentir y el anhelo que llevamos inscrito en el corazón.

En este sencillo aporte no pretendo agotar todo el documento, simplemente tomaré algunos de sus numerales para tratar de iluminarlos con las palabras de Nuestro Padre Juan de la Cruz. Realmente es Él quien habla, nos da unas ciertas pinceladas para recordarnos lo grandes y valiosos que somos, lo universales que estamos llamados a ser en medio de nuestra cotidianidad.

Es interesante el tema del capítulo octavo de Fratelli Tutti que nos dice: *“Las religiones al servicio de la fraternidad en el mundo”*. Interesante y a la vez delicado pues sabemos que por en el nombre de Dios se han cometido a lo largo de la historia innumerables errores.



Gaudium et Spes 19 nos dice que *“la razón más profunda de la dignidad humana está en su vocación a la comunicación con Dios”* y Juan de la Cruz hace una exclamación en CB 39,7 *“¡Oh almas criadas para estas grandezas y para ellas llamadas!”* y en Llama B 3,28 nos dice que *“si el alma busca a Dios, mucho más la busca su Amado a ella”*; porque el encuentro con el absoluto es el que verdaderamente nos humaniza y hace posible la cercanía aun en medio de las diferencias.



“Desde nuestra experiencia de fe y desde la sabiduría que ha ido amasándose a lo largo de los siglos, aprendiendo también de nuestras muchas debilidades y caídas, los creyentes de las distintas religiones sabemos que hacer presente a Dios es un bien para nuestras sociedades. Buscar a Dios con corazón sincero, siempre que no lo empañemos con nuestros intereses ideológicos o instrumentales, nos ayuda a reconocernos compañeros de camino, verdaderamente hermanos” (FT 274).



Aquí viene al caso compartir lo que Benedicto XVI nos dice en su libro *La Iglesia, Israel y las demás religiones*: *“Pero en el mundo de las religiones encontramos hombres que, a través de su religión, tienen una percepción de Dios y tratan de vivir en relación con Él. Por eso el anuncio ha de convertirse necesariamente en un proceso de diálogo. Al otro no se le dice algo totalmente desconocido, sino que se le*

descubre la profundidad oculta de lo que ya ha experimentado en su fe. Y, por otra parte, el que anuncia no es simplemente uno que da, sino también uno que recibe. En este sentido, en el diálogo interreligioso debería de suceder lo que Nicolás de Cusa expresó como deseo y esperanza en su visión del concilio eclesial: el diálogo entre las religiones debería convertirse cada vez más en escucha del Logos, que nos muestra la unidad en medio de nuestras divisiones y contradicciones”.



Como decía al principio, si bien Juan de La Cruz no nos da una cátedra sobre las religiones en el mundo, nos capacita para liberarnos de nosotros mismos y ser hombres y mujeres libres que saben entrar en comunión con los demás.

Ya es un detalle importante que tomemos en cuenta la motivación del Santo Padre Francisco, quien inspirado en los gestos y palabras de San Francisco de Asís el “*Poverello*”, nos deja la inquietud de admirar también a este santo varón, que sabemos no tiene muchos escritos en comparación con Juan de la Cruz, pero que su mismo espíritu ha trascendido hasta nuestros días y también nos invita a vivir la fraternidad universal.

“Este santo del amor fraterno, de la sencillez y de la alegría... - dice el Papa Francisco - vuelve a motivarme para dedicar esta nueva encíclica a la fraternidad y a la amistad social. Porque san Francisco, que se sentía hermano del sol, del mar y del viento, se sabía todavía más unido a los que

eran de su propia carne. Sembró paz por todas partes y caminó cerca de los pobres, de los abandonados, de los enfermos, de los descartados, de los últimos” (FT 2).

San Francisco, quien naciera hacia el 1181, y Juan de la Cruz en 1542, son dos hombres que si bien tienen muchas diferencias, en esencia no se contradicen, pues ambos son cantores profundamente enamorados del Amor. Son hombres universalmente reconocidos y siempre tienen palabras para reorientarnos en el camino, en el hoy de nuestra historia.



Hay un episodio en la vida de San Francisco que nos muestra su corazón sin confines, capaz de ir más allá de las distancias de procedencia, nacionalidad, color o religión. Es su visita al Sultán Malik-el-Kamil, en Egipto, que significó para él un gran esfuerzo debido a su pobreza, a los pocos

recursos que tenía, a la distancia y a las diferencias de idioma, cultura y religión...

Sin desconocer las dificultades y peligros, san Francisco fue al encuentro del Sultán con la misma actitud que pedía a sus discípulos: que sin negar su identidad, cuando fueran «entre sarracenos y otros infieles [...] no promuevan disputas ni controversias, sino que estén sometidos a toda humana criatura por Dios». En aquel contexto era un pedido

extraordinario. Nos impresiona que ochocientos años atrás Francisco invitara a evitar toda forma de agresión o contienda y también a vivir un humilde y fraterno “sometimiento”, incluso ante quienes no compartían su fe. (FT 3)



Y Juan nos dirá en sus dichos de Luz y Amor que “*el alma enamorada es un alma blanda, mansa, humilde y paciente*” (Dichos 28)

¡Oh Señor Dios mío!, ¿Quién te buscara con amor puro y sencillez que te deje de hallar muy a su gusto y voluntad, pues que tu te muestras primero y sales al encuentro a los que te desean? (Dichos2)

“Quién te buscara con amor puro y sencillo” esto requiere una gran base de humildad, como diría Teresa “aunque la digo a la postre es la principal y las abraza a todas”. Juan de la Cruz como buen maestro nos irá introduciendo en la noche oscura para decirnos unas cuantas verdades; en palabras de Teresa, “conocimiento propio que es el pan con que han de comerse todos los manjares” Juan de la Cruz nos dedicará



los primeros siete capítulos del primer Libro de Noche, “para que entendiendo la flaqueza del estado que llevan , se animen y deseen que Dios los ponga en esta noche donde se fortalece y confirma el alma en las virtudes y

pasar a los inestimables deleites del amor de Dios.” (1N 1,1) “Porque, perdiendo las propiedades de niño, se de a cosas más grandes y sustanciales” (1N 1,2).

Hoy más que nunca el Santo nos invita a volver con más conciencia, con más amor, con más humildad, con más sentido de pertenencia a desvelar nuestra propia verdad a la luz del amor, volver al amor primero, a aquello que un día nos motivó para seguir al Maestro dentro del Carisma Teresiano. Es necesario volver al amor primero, para redescubrir con toda humildad el camino que Él con su amor de padre y de hermano nos enseña. Es necesario dejarnos enseñar como niños, pero no como a los niños que *“queriendo sus madres llevarlos en brazos, ellos van pateando y llorando, porfiando por se ir ellos por su pie”* (Pról S 3).

Percibo hoy más que nunca la urgencia de estar plenamente convencidos de la opción que hemos hecho,

para poder dar respuesta a tantos interrogantes que la historia nos plantea. Para poder tener una palabra coherente ante la incertidumbre de tantos que se acercan a nosotros, es más, sin ruido de palabras poder salir a evangelizar como un día lo hiciera San Francisco por las calles de Asís.

“La Iglesia valora la acción de Dios en las demás religiones, y «no rechaza nada de lo que en estas religiones hay de santo y verdadero. Considera con sincero respeto los modos de obrar y de vivir, los preceptos y doctrinas que [...] no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres» (FT 277).



Benedicto XVI en su libro *La Iglesia, Israel y las demás religiones*, nos vuelve a decir algo muy bello sobre esto: *“Además hay que fomentar la disponibilidad a abandonar la estrechez de nuestro modo de entender la verdad, para comprender mejor lo que nos es propio aprendiendo a entender al otro y dejándonos guiar por el camino hacia un Dios más grande, con la certeza de que no estamos en plena posesión de la verdad sobre Dios y de que siempre estamos ante ella como*

aprendices, peregrinos en busca de la verdad por un camino que no termina nunca”.

Para entrar en ese respeto humilde es necesario el reconocimiento primero que todo, de que somos el aposento donde Él mora. *“Oh pues alma hermosísima entre todas las criaturas, que tanto deseas saber el lugar donde está tu Amado para buscarle y unirte con él, ya se te dice que tú misma eres el aposento donde él mora y el retrete y escondrijo donde está escondido”* (CB 1,7). Para entrar en comunión de amor y respeto con los otros, con mis hermanos más cercanos, para poder acercar a Dios los que se encuentran lejos.



Es este humilde reconocimiento el que me capacita para saber respetar las diferencias en cada uno. Quizá no sea necesario estar en debates con otras religiones, pero sí en asumir con madurez las maneras de proceder de nuestros hermanos de comunidad, su cultura, su proceso en la fe, su camino espiritual, su proceso de maduración y crecimiento.

Pensar un poco en esto, examinar el corazón para dar una respuesta coherente al que nos pide un consejo o apoyo espiritual. *“Por tanto, mucho es de desear este divino aire del Espíritu Santo y que pida cada alma que aspire por su huerto, para que corran divinos olores de Dios”* (CB17,9). *“Y eso entiendo que es lo que Él mismo quiso decir por boca de Salomón en los proverbios diciendo: mis deleites son con los hijos de los hombres”* (CB 17,10).



Comprender que más allá de las barreras de ideologías hay un hermano nuestro, quizá con los mismos anhelos, con las mismas esperanzas, con las mismas ilusiones.

Alguna vez alguien decía que no hay hombres malos, sencillamente se han equivocado o no han tenido quien les enseñe. Aquí Juan nos enseña que por la encarnación del Verbo el Padre nos mira con amor en su Hijo y que nos dejó vestidos de su hermosura:



“El mirarlas mucho buenas era hacerlas mucho buenas en el Verbo, su Hijo. Y no solamente les comunicó el ser y gracias naturales mirándolas, como habemos dicho, mas también con sola esta figura de su Hijo las dejó vestidas de hermosura, comunicándoles el ser sobrenatural; lo cual fue cuando se hizo hombre, ensalzándole en hermosura de Dios y, por consiguiente, a todas las criaturas en él, por haberse unido con la naturaleza de todas ellas en el hombre. Por lo cual dijo el mismo Hijo de Dios (Jn 12, 32): Si ego exaltatus fuero a

terra, omnia traham ad me ipsum, esto es: Si yo fuere ensalzado de la tierra, levantaré a mí todas las cosas. Y así, en este levantamiento de la encarnación de su Hijo y de la gloria de su resurrección según la carne, no solamente hermoseó el Padre las criaturas en parte, más podremos decir que del todo las dejó vestidas de hermosura y dignidad” (CA 5,4). Es decir, Juan no habla aquí de religiones, porque todos tenemos el mismo origen: Dios. Todos somos partícipes por esencia, esto también nos lo recuerda.

“Pero los cristianos no podemos esconder que «si la música del Evangelio deja de vibrar en nuestras entrañas, habremos perdido la alegría que brota de la compasión, la ternura que nace de la confianza, la capacidad de reconciliación que encuentra su fuente en sabernos siempre perdonados—enviados. Si la música del Evangelio deja de sonar en nuestras casas, en nuestras plazas, en los trabajos, en la política y en la economía, habremos apagado la melodía que nos desafiaba a luchar por la dignidad de todo hombre y mujer» Otros beben de otras fuentes. Para nosotros, ese manantial de dignidad humana y de fraternidad está en el Evangelio de Jesucristo. De él surge «para el pensamiento cristiano y para la acción de la Iglesia el primado que se da a la relación, al encuentro con el misterio sagrado del otro, a la comunión universal con la humanidad entera como vocación de todos» (FT 277).



Juan de la Cruz, el cantor de la hermosura de Dios, nos dice en cada página de sus escritos o para mejor decir en cada párrafo, este canto de la Sagrada Escritura, de la cual es un navegante sin temor que va por estas ínsulas extrañas y de entre ellas nos

da a beber de su agua fresca, sacando de esos divinos manantiales torrentes de agua viva para calmar la sed de los que vamos de camino. Nos dice en el prólogo de Subida 2: *“Y, por tanto, para decir algo de esta noche oscura, no fiare ni de experiencia ni de ciencia, porque lo uno y lo otro puede faltar y engañar; mas, no dejándome de ayudar en lo que pudiere de estas dos cosas, aprovecharme he para todo lo que, con el favor divino, hubiere de decir -a lo menos para lo*

más importante y oscuro de entender- de la divina Escritura, por la cual guiándonos no podremos errar, pues que el que en ella habla es el Espíritu Santo”.

Y en el libro segundo de la Subida nos dice:

*“Y así en todo nos
habemos de guiar por la ley
de Cristo hombre y de su
Iglesia y ministros humana y
visiblemente, y por esta vía
remediar nuestras
ignorancias y flaquezas*

*espirituales, que para todo
hallaremos abundante
medicina por esta vía, y lo
que de este camino saliere
no solo es curiosidad, sino
mucho atrevimiento” (2S
22,7).*

Este hombre apasionado, enamorado del Amado nos invita a dejarnos enamorar *con primor y delicadez divina*. A tomar en cuenta lo esencial de nosotros como la Sagrada Escritura, en la que desde siempre se nos invita a meditar día y noche, en esto, él es maestro por excelencia. A ser hombres y mujeres orantes, fraternales con este hermoso universo, a recordar esa casta de dónde venimos.



El hecho de ser Carmelitas Descalzos es para nosotros un privilegio inmerecido, es estar en un camino seguro, pero no por eso con todo ganado, pues se abre la posibilidad de la conquista de nosotros mismos a fuerza solo de amor, de ese *dejarnos amar*, como

bellamente nos lo recuerda Sor Isabel de la Trinidad. A partir de esto estamos en capacidad de entrar en dialogo con el OTRO, con el otro, es decir, mi hermano de comunidad y por

lo tanto con los otros, independientemente de sus creencias, pues todos somos Hijos de un mismo Padre, todos fuimos redimidos a precio muy alto. A veces no son necesarias las palabras, hay gestos y silencios que nos dicen de acogida, de amor, de comprensión, de respeto.

Supliquemos con el Santo: *¡Recuérdanos tú y alúmbranos, Señor mío, para que conozcamos y amemos los bienes que siempre nos tienes propuestos, y conoceremos que te moviste a hacernos mercedes y que te acordaste de nosotros!*” (LI B4, 9).

Hna. Luz Amanda de La Madre de Dios OCD
Monasterio de La Santísima Trinidad, Cali.



ORDEN DE CARMELITAS DESCALZOS
Provincia de Santa Teresita del Niño Jesús
Colombia